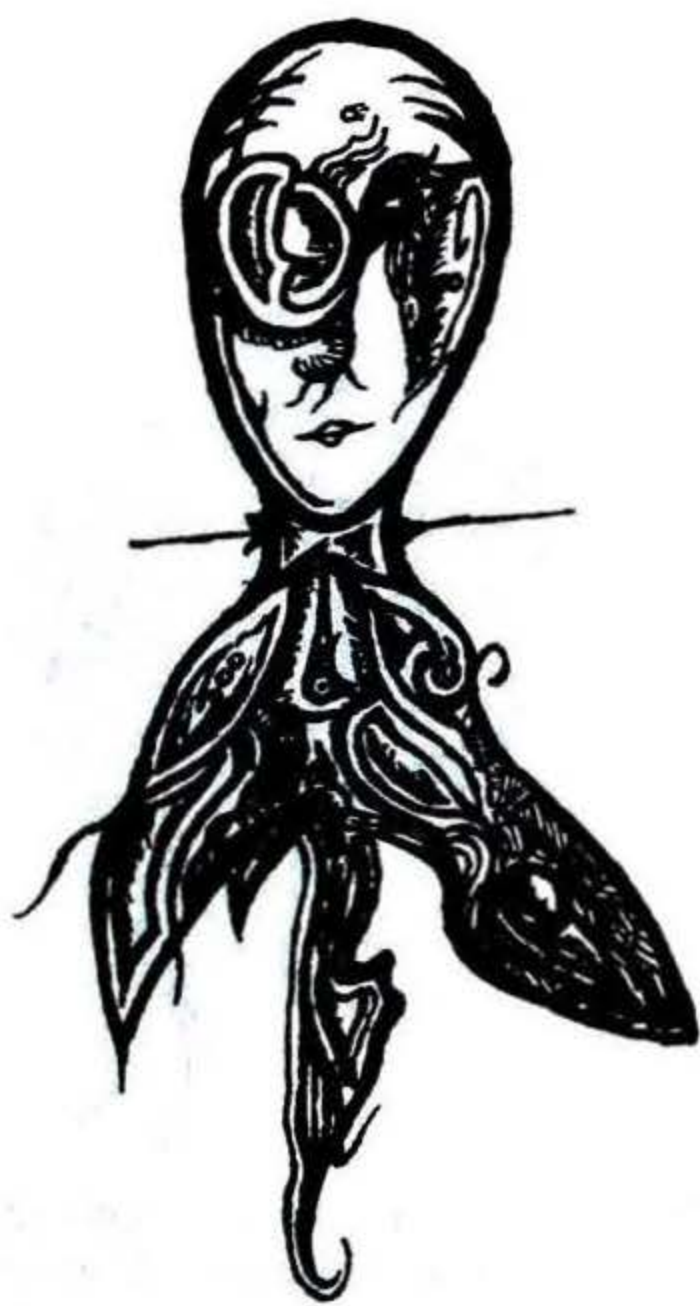


las gazaperas periodísticas, se cuida doblemente, se vuelve tal vez un obsesivo, cae en delirios de persecución. Me llama la atención que los autores colombianos dejaron de usar el "de que" como si su empleo siempre fuera prohibido. Tampoco se volvieron a atrever a escribir nunca "el más mínimo", tal vez por miedo a lo que diga Moreno Durán, cosa que nos tiene sin el más mínimo cuidado. A propósito, hay en el libro una afirmación que, no por repetida, deja de ser por lo menos discutible y acaso revierta en un leve gazaipo: el imperio más extenso de la historia no ha sido el tan mentado de don Felipe II, en el cual nunca se ocultaba el sol, sino el de Gengis Khan, en el siglo XIII.



En resumen, como obra de vulgarización (en el buen sentido de la palabra) y como lectura amena, es bien venido este libro. Como testimonio histórico me parece que lo sería un poco menos. Prefiero hacer resaltar una conclusión del propio autor: "Colombia es, especialmente en su último siglo de vida, el caliginoso reino de la amnesia y del no saber a dónde vamos por ignorar de dónde venimos".

Y para terminar, una divertida anécdota "para ilustrar la magnitud del odio implacable que siempre profesó Caro contra Marroquín. Para este efecto he-

mos de tener en cuenta que Marroquín fue autor de la novela *El Moro*, que tiene lugar en la sabana de Bogotá y que es la imaginaria autobiografía de un corcel que respondía a este nombre. Conocida por sus amigos la mordacidad feroz que usaba Caro contra quienes eran objeto de su malquerencia, alguno de ellos le preguntó su concepto sobre las calidades literarias de *El Moro*. La respuesta de Caro fue devastadora:

—Para ser escrito por un caballo no está mal".

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Las raíces de una imaginación

Los García Márquez

Silvia Galvis

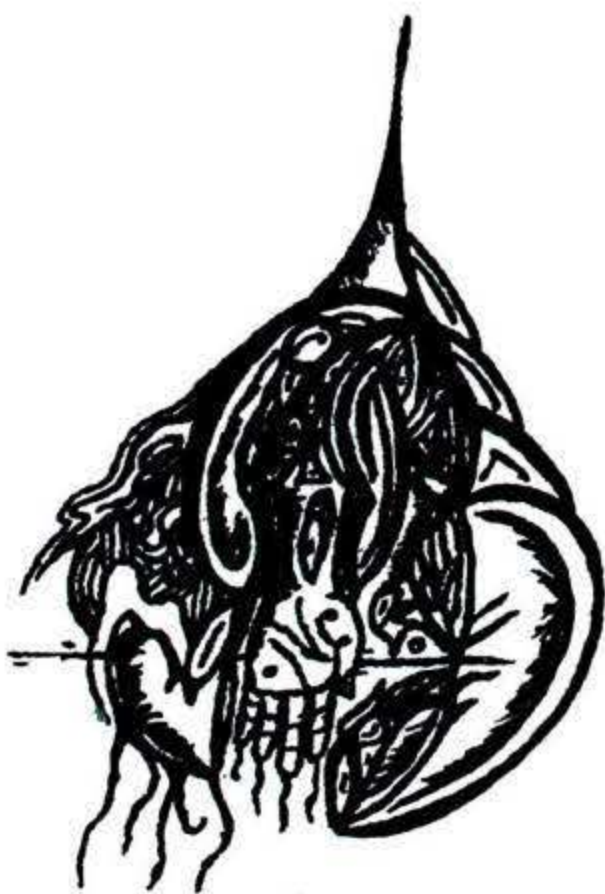
Arango Editores, Santafé de Bogotá, 1996, 287 págs.

Ya no es novedad para nadie que García Márquez ha entrado al peligroso grupo de los hombres más comentados del planeta. Las revistas suizas lo declaran el más importante (o el mejor, pero nunca he sabido qué quieren decir esos términos) escritor vivo; los periódicos, los suplementos culturales, las separatas de libro y las revistas de la más respingada nariz intelectual lo alaban y lo glorifican como si ya se hubiera muerto. Y no, no se ha muerto. Es una leyenda viva, como quizá fue Borges. Los críticos ya no quieren escribir artículos sobre García Márquez: quieren tocarlo, sacarle una palabra en vivo, pisar la tierra que él pisó. Lo primero que hay que decir sobre el libro que ahora reseño, y que aparece anticipándose a las miles de celebraciones de que García Márquez es objeto en 1997, es esto: Silvia Galvis ha logrado, notablemente, recopilar partes de la *memorabilia* garciamarquiana antes inexistentes; es decir, evitar la caída en lo que todo el mundo sabe, pero que sigue y se seguirá publicando porque el tema sigue y seguirá siendo leído, aunque nunca se lea nada nuevo por los siglos de los siglos.

El libro está formado por una introducción y nueve entrevistas. Los García Márquez son once: ni el mayor, Gabriel (por razones evidentes de las que se deja constancia en la introducción), ni el penúltimo, Alfredo, han sido entrevistados. Pero el testimonio de los nueve cazados es disfrutable por donde se le mire. Como Silvia Galvis desaparece de las entrevistas, el lector se encuentra cara a cara con la voz del entrevistado. El sentimiento de espontaneidad, la cercanía con los hechos, es lo más notable en los textos cuya transcripción difícil no pudo evitar errores de todo tipo, desde tipográficos hasta de ortografía: no se puede decir que el libro haya sido minuciosamente revisado. (Hay erratas que hieren la vista del lector, como la del título de Cortázar: *Sesenta y dos modelos para armar*.) Pero sí es cierto que la huella del buen periodista está presente, y se refleja en la familiaridad de las conversaciones y en la franqueza y el humor de las anécdotas.

Los García Márquez han accedido en estas entrevistas a exponer su relación con su hermano famoso, su relación con sus padres (el "telegrafista más famoso del mundo" y la mítica Niña Luisa, la mujer de las sentencias fabulosas que emanan de todas partes en los textos de García Márquez) y su relación entre ellos. Como a la mayoría le gusta hablar, y al resto le toca, el resultado delicioso es las mismas anécdotas a través de las memorias más dispares. La crítica extranjera, que cree que García Márquez no hace más que una metáfora sarcástica o sólo una frase elegante cuando dice que en el mundo latinoamericano la realidad es mágica, debería leer estas entrevistas, y enterarse por ellas de que los diecisiete hijos del coronel Aureliano Buendía, las setenta y cinco bacinillas y las mariposas amarillas de *Cien años de soledad*, las capacidades proféticas de Úrsula, la reclusión de un hombre en un minúsculo taller de trabajo de metales, todas estas circunstancias que parecen fruto de la más descarada hipérbole, son una adaptación de la realidad. La imaginación del artista ha sabido excavar en lo real para extraer la materia literaria; pero resulta haber sido cierto que el abuelo Nicolás Márquez tuvo diecisiete hijos

a los que reconoció sin dar su apellido; que el mismo abuelo trabajaba el oro en un taller diminuto al que se metían Gabriel y su hermana Aída; que, para la llegada de unas invitadas a la casa, quince (aunque no setenta y cinco) bacinillas fueron compradas; que la abuela de los entrevistados predijo varios hechos, a veces sin siquiera saberlo, como cuando se lamentó de su pobre Niña Luisa, "con sus once hijos", siendo que ni siquiera la misma Niña Luisa sabía aún que tendría a Eligio, el menor. Hablando de *El coronel no tiene quien le escriba*, Aída recuerda a la abuela Mina, que hacía planes para ir de compras cuando llegara la plata de los veteranos, y mandaba papeles a Bogotá ante el escepticismo del abuelo, que nada creía que fueran a recibir. Hablando de *El amor en los tiempos del cólera*, todos recuerdan las largas tardes en que García Márquez llegaba a casa de sus padres en Cartagena para exprimir cada recuerdo utilizable en la novela; y, tras la muerte de Gabriel Eligio García, se encontró un manuscrito breve que sugería que el padre había también comenzado a redactar la historia de sus amores con Luisa Santiago Márquez. Hablando de *Crónica de una muerte anunciada*, en fin, Ligia recuerda la casa que su padre consiguió, al llegar a Sucre, al lado de los Gentile Chimento. "Por eso —dice— Cayetano Gentile, el de la *Crónica*, era muy amigo de Margot y de Gabito".



El libro rebosa de anécdotas de este tipo. Unas son ampliamente iluminadoras, otras son más que eso: fran-

camente amenas. La mayoría otorgan una excusa a la curiosidad del lector, y quizá a su bien entendido morbo, pues lo inmiscuyen en la intimidad de una familia que no ha podido evitar volverse pública. Pero todas confirman el mundo mágico de la literatura garciamarquiana, las raíces de su imaginación desbordante, y el talento inmenso que requirió la transformación de esa realidad escandalosa y agobiante en trabajos de arte genuino. (Hay que precisar que todas las historias que se cuentan otorgan además la opción de olvidar al personaje famoso alrededor del cual giran; porque la conversación de los hermanos es divertida por sus propios medios y, aunque es verdad que el interés que guarda el lector está ligado a la figura del Nobel, las entrevistas no llegan a ser nunca una apología ni un homenaje: es en la memoria de los hermanos, sus matices y sus alcances, donde reside la gracia de las anécdotas.)

Cuando a Luisa Santiago Márquez le preguntaron si había leído *Cien años de soledad*, su respuesta fue: "Para qué, si yo lo he vivido". Ésta es la primera evidencia que salta de un libro de entretenida lectura.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

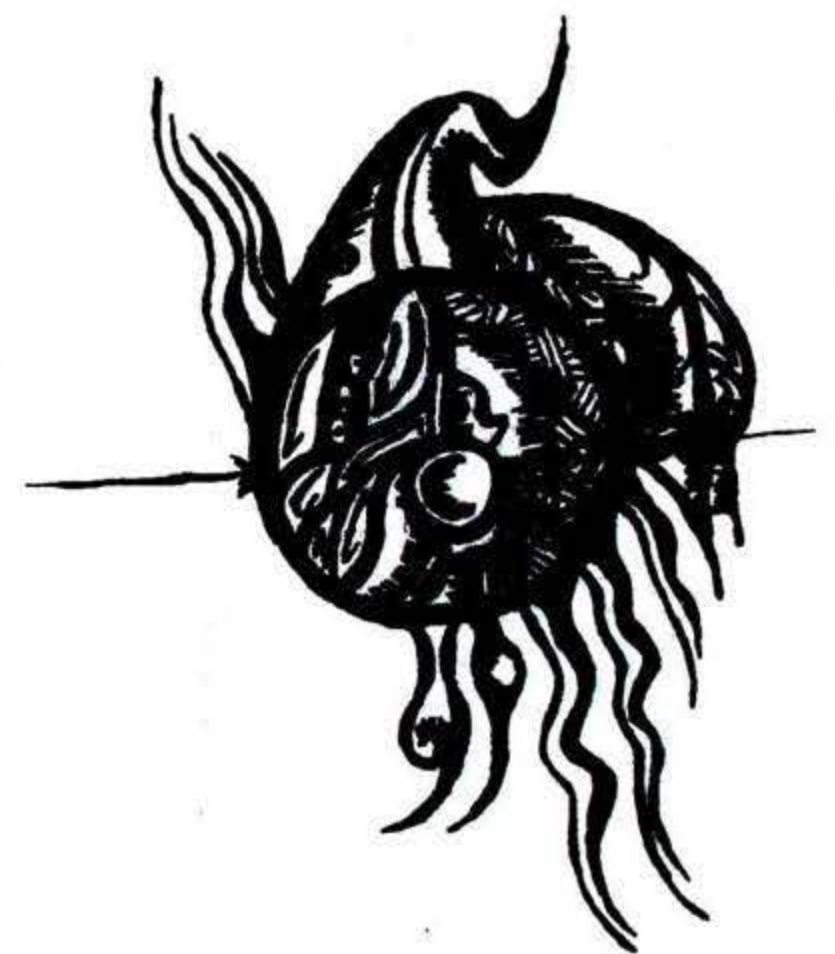
En Colombia no se puede vivir ni después de muerto

Correspondencia

Carlos E. Restrepo y Fernando González
Universidad de Antioquia, Medellín,
1995, 231 págs.

Siempre he pensado que hay algo impúdico en la publicación de correspondencias privadas, a menos que, por motivos bien definidos, sus autores, a menudo locos mesiánicos o narcisistas impenitentes como Víctor Hugo, que escribían diarios para futuros lectores hipotéticos, consientan más o menos explícitamente en esa publicación o hayan escrito con la mira puesta en ella.

Pienso también que la correspondencia privada es un pobre género literario; no así, en ocasiones, la correspondencia literaria, que no viene a ser la misma cosa. Por correspondencia privada entiendo cartas destinadas a informar de menudos incidentes domésticos, registros de negocios, calificaciones de los niños en el colegio, peticiones de cobros de dineros o de poner en movimiento la maquinaria de las influencias para nombramientos en cargos públicos. Tales cosas no interesan, tiempo después, ni a sus mismos autores, ni tienen por qué salir a la luz pública. Meterse en la vida privada de una familia, por el sólo hecho de que dos de sus integrantes hayan sido personajes públicos, es no sólo irrespetuoso, sino aburrido. Poco o nada nos importan las cuitas de los unos, las enfermedades de los otros, los sucesos o insucesos escolares de los niños.



De la misma manera, cabe lamentar en este libro varios errores editoriales. Primer error: encabezar con el nombre de Carlos E. Restrepo esta correspondencia privada, puesto que en realidad casi todo el libro está compuesto por cartas de Fernando González. Segundo error: no hay una secuencia cronológica de las cartas. Simplemente se ponen primero las de González y, al final del libro, las de Restrepo. Tercer error: Las pocas y malas notas, están al final. En cambio, los editores nos obsequian con una sorprendente bibliografía que responde no se sabe a qué principio. El libro tiene otro problema: es completamente incomprendible para el profano que desconoce quiénes son los autores de tan